

## EL NAUFRAGO, EL TIEMPO Y EL POETA

Naufragar, naufragar... Estoy obseso  
por la terrible idea del naufragio.  
¿Naufragar en las olas encrespadas?  
¡Naufragar en la tierra, sobre el barro!  
Las ilusiones, góndolas gentiles  
que se deslizan como el cisne blanco  
por los fonges canales del ensueño,  
entre rayos de luna y bellos cánticos;  
los ensueños de amor, de gloria, de arte;  
la hermosa juventud del cuerpo sano;  
la agilidad elástica del púber;  
el brillo que en los ojos admiramos  
de la mujer que aroma nuestra ruta...  
¡todo se ha de perder en el naufragio  
de las luchas crueles, del transcurso del tiempo,  
del dolor, la traición o el desengaño!

El tiempo es la semilla de la muerte.

Embarcamos en él, y en él hallamos  
como el débil esquite la ola brava  
que produce el naufragio.

Y el poeta... El poeta, con su lira,  
sus canciones, su musa, su estro mágico,  
si no logra evitar nuestra catástrofe  
nos procura el consuelo de sus cánticos,  
alegra nuestro espíritu, acaricia  
a nuestro corazón ensangrentado  
y nos grita, ¡el iluso!—Avante, avante.  
El bien y la ilusión podrán salvarnos—  
¡El iluso  
salvador de los náufragos!

Y, ¿quién te salva a tí, pobre poeta?  
¿Es que de cierto crees, insensato,  
que la inmortalidad has conseguido  
con tus trovas, tus glosas y tus cantos?  
¿Con tus rimas, tus odas y romances?  
¿Tus sáficos, adónicos y yámicos?  
Para ser inmortal hay que estar muerto.

¡Hay  
que dejarse tragar por el naufragio!

## PINCELADA HUMORISTICA

### EL CAZADOR

HABÍA llegado a obsesionarme.

Las primeras veces no le dí importancia.

—«Un cazador que va o viene del campo», me dije.

Pero volví a verle un día y otro, siempre por la Castellana. Y entonces me puse a observarlo.

Aquel hombre no iba ni venía: estaba allí. Tenía unos cincuenta años, era alto, delgado, con barba en punta—no sé por qué, me hizo pensar en Don Quijote—andaba erguido, con paso marcial. Su atuendo cinegético era completo, perfecto: polainas, canana, cazadora, flamante escopeta...

Pero aquel hombre no iba de caza. No podía ir; porque yo me dediqué a seguirlo y no salía de la Castellana. De vez en cuando, se sentaba en un banco, para fumar un cigarro. O hacía alto en algún kiosco y tomaba una caña de cerveza. Luego seguía infatigable, Castellana arriba, Castellana abajo...

Repito que había llegado a obsesionarme. Y decidí abordarlo.

No me fué difícil. Aprovechando su descanso en un banco, me senté junto a él y le pedí lumbre para el cigarro, que, intencionadamente, llevaba apagado.

—«¿Va Ud. de caza?»,—le dije.

—«Sí, señor»,—me respondió afectuoso.

—«¿Muy lejos?»,—inquirí.

—«Hasta la Plaza de los Nuevos Ministerios, como máximo».

—«¿¡Qué!?»—exclamé un poco desconcertado.

—«Sí, señor,—me aclaró con la mayor naturalidad—yo cazo en la Castellana.

La sorpresa me dejó desconcertado por un momento.

—«Pero aquí yo no he visto nunca caza»—le argüí, recuperándome.

—«Ni yo tampoco»,—fué su respuesta.

Esto acabó de desconcertarme: ¿Cómo era posible que aquel hombre me dijera que iba a cazar donde le consta que no había caza?

Comprendiendo mi pensamiento, el desconocido vino en mi auxilio.

—«Ud. encontrará extraño lo que acaba de decirle—comentó afectuoso—; pero cuando se lo explique, verá que es la cosa más lógica y natural.

Yo era todo oídos. El cazador siguió:

—«Soy un entusiasta del deporte cinegético. Es un ejercicio sano y productivo. Hay que caminar, cosa que desarrolla los músculos, y unas perdices o unos conejos son siempre un alivio para las amas

de casa en estos tiempos de racionamiento. Pero la caza tiene grandes inconvenientes. Los que vivimos en Madrid y no poseemos cotos, tenemos que empezar por buscarnos un amigo que nos invite a su finca. Luego, es preciso acordar el día, disponer merienda, hacer cola en la RENFE y, llegado el momento, levantarse de madrugada, coger un taxi—¡que ya es tarea!—ir a la estación y montar en un tren carreta, que, después de varias horas de marcha fatigosa y paradas interminables, nos deja en un apeadero innominado. Desde allí, cargado de escopeta, cartuchos y morral con la merienda, se emprende la marcha de varios kilómetros hasta llegar a la finca, para una vez en ella iniciar nueva caminata por cerros y barrancos, tropezando con las piedras y enganchándose en las matas, esperando salte la perdiz o el conejo, que en un elevado tanto por ciento de veces no se dignan aparecer ante nuestra vista. Cuando rendido, jadeante, te sientas a comer una tortilla fría y aplastada, te das cuenta de que es media tarde, y tienes que salir corriendo hacia la estación, si no quieres perder el tren. Después de media noche logras verte de nuevo en tu casa de Madrid y sientes la infinita sensación de alivio que sentiría el prisionero de guerra que regresa a su hogar, sin que, como en el caso de éste, te compense de haber servido a la patria una inefable serenidad de conciencia y un acogedor y entusiasta recibimiento familiar; sino que, por el contrario, una comezón interior te acusa de estúpido, y, haciéndose eco de este subconsciente, la familia te dice a coro que se alegra de tus molestias y cansancio, por haber tenido la idea tonta de marcharte de caza, cuando pudiste tranquilamente ir a un cine de sesión continua.

—«Agregue Ud. a lo dicho—prosiguió el cazador—que como la ley ha tenido la bonita ocurrencia de prohibir cazar en el buen tiempo, en la primavera y en el verano, lo seguro es que se haya pasado un frío espantoso o que venga calado por la lluvia hasta los huesos, habiendo cogido un catarro que obligue a guardar cama una semana. Ante estos enormes contratiempos, yo resolví el problema: Ni madrugada, ni taxis, ni tren, ni caminata, ni frío, ni lluvia, ni tortilla helada, ni incertidumbre en cobrar piezas: me levanto a la hora de costumbre: si está bueno el día, bajo dando un paseo hasta la Castellana, donde, tranquilamente, doy varias vueltas y descanso cuando me parece. A la hora de almorzar regreso a casa y allí tengo aguardando en la puerta un chico que me lleva las liebres, perdices o conejos que por teléfono le encargué a su tienda antes de salir. Mi mujer y mis hijos, que me esperan con impaciencia, seguros de que comerán caza, me reciben alborozados».

Yo había seguido el relato del desconocido con atención y asombro indescriptibles. Los pensamientos me giraban en el cerebro como loco torbellino, que amenazaba destrozar mis meninges. Todo lo que aquel hombre decía era, a la vez, lógico y absurdo. Pero, no había duda, tenía razón.

La voz del cazador me sacó de mis reflexiones:

—«Una única cosa—me dijo—no he podido resolver, por tratarse de algo superior a la voluntad de los mortales. Yo desearía poder

cazar dos o tres veces por semana; pero cuando este Madrid empieza con sus nieves, sus lluvias heladas o su viento del Guadarrama, tengo que aburrirme días y meses, sin poder disfrutar de mi deporte predilecto, hasta que el sol quiere volver a lucir y el frío a calmarse».

Por mi mente cruzó entonces una idea genial. Yo estaba ya identificado con las teorías de aquel hombre.

—«Hay una solución para eso»,—le dije con aire triunfal.

Ahora fué él el asombrado.

—«¿Una solución?»—preguntó dubitativo.

—«Sí, señor,—proseguí—la cosa es facilísima. Todo se reduce a que cuando haga mal tiempo realice Ud. sus cacerías en los pasillos de su casa».

Un rayo de alegría brilló en sus ojos. No pudo contenerse y me abrazó entusiasmado.

—«Amigo mío—dijo mientras me estrechaba entre sus brazos—, es Ud. un hombre genial. Confieso que a mí no se me hubiera ocurrido nunca esa idea maravillosa. Efectivamente, todo está resuelto. Gracias, muchas gracias, amigo».

Su alegría era tan grande y tan sincera, que materialmente me estrujaba abrazándome. Yo compartía su contento, orgulloso de mi genialidad.

Eran las dos de la tarde. Nos pusimos en pie, me tendió la mano y dijo, iniciando la despedida:

—«Hermenegildo de Arrieta y López, Goya, 108, a su disposición. Tenemos que ser muy buenos amigos».

Mientras le estrechaba la mano, yo le dí mi nombre y señas, ofreciéndome luego incondicionalmente.

La despedida fué larga. Yo la retrasaba a intento, pensando algo que no me atrevía a decirle. Por fin me decidí:

—«Si Ud. fuera tan amable—le dije—, sería para mí un placer que me invitase a la primera cacería que dé en el pasillo de su piso».

—«Encantado—me respondió—. Cuento Ud. con que le daré un telefonazo el primer día que llueva o haga frío».

—«Muchísimas gracias»,—balbucí.

—«Nada de gracias—arguyó—, aquí el agradecido soy yo, y espero que muchos días cazaremos juntos».

—«Desde luego»,—respondí entusiasmado.

Nos separamos.

Llegué a casa ilusionadísimo e impaciente. Cada vez que suena el teléfono, me hago la ilusión de que va a ser don Hermenegildo, invitándome a la primer cacería.

JOSÉ MARTINEZ

